

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA

Programa
de Voluntariado

Solidaridad Global

Año 9 - N°21 - Septiembre 2012

*Con la Humanidad
Con el Planeta
Con la Paz*

Holla





Alejandro Capriati

Rupturas y continuidades en los modos de hacerse joven

¿Qué hay de novedoso en las prácticas culturales y en las experiencias nocturnas de las generaciones más jóvenes? ¿Las prácticas culturales y los espacios de sociabilidad juveniles constituyen experiencias facilitadoras de procesos reflexivos, “de ampliación de conciencia”, acerca de las propias condiciones y perspectivas de existencia? ¿En qué medida estas prácticas y espacios juveniles tienen la potencialidad de modificar la reproducción de desigualdades sociales?

Lejos de dar una respuesta acabada a estas preguntas, apporto cuatro hipótesis para pensar el carácter complejo y contradictorio de los procesos que configuran las modalidades juveniles emergentes, particularmente en el escenario musical nocturno en una barriada popular. En concreto, estas hipótesis se concentran en la experiencia de ser joven residente en una barriada popular, en el mundo musical y en las iniciativas culturales grupales, y en las escenas y espacios de sociabilidad nocturnos.

Estas líneas de trabajo son resultados de una investigación social cualitativa en la cual se privilegió triangular las entrevistas semi-estructuradas y la observación participante; complementariamente, se analizó la producción musical de ciertos grupos. El trabajo de campo se desarrolló entre junio de 2007 y septiembre de 2009, período en el cual participé de la vida cotidiana, cultural y nocturna de distintos grupos de jóvenes residentes en barrios relegados del Gran Buenos Aires.

1. De “generación perdida” a generaciones posibles

Las experiencias relativas al uso de la ciudad, a la formación educativa, al empleo y a la participación social permiten distinguir modos en los cuales el espacio social funciona como factor generador de restricciones y oportunidades.

Residir en una barriada popular no sólo significa vivir en un área con malas o pésimas condiciones de habi-



bilidad y escasa disponibilidad de servicios, sino que refiere a una experiencia urbana estigmatizante. Sobre los prejuicios habituales de su localidad (“barrio peligroso”, “zona caliente”), se superponen lógicas discriminatorias que convierten a sus residentes, especialmente varones jóvenes, en sujetos sospechosos cuando circulan fuera de su entorno barrial. La existencia de prejuicios y los procesos de estigmatización ponen de relieve las barreras que separan espacios y grupos sociales; barreras que pueden ser interpretadas, coincidiendo con el análisis de Svampa (2009), como expresión de un quiebre de solidaridades en el cual las distancias sociales y culturales entre la ciudad y los suburbios parecen cada vez más grandes.

La experiencia de ser joven en una barriada popular refiere a diversas realidades educativas y laborales: el abanico de situaciones educativas es tan heterogéneo como interrumpir la formación en el ciclo primario, cursar el ciclo secundario sin planes de continuar estudios terciarios o estudiar una carrera universitaria con apoyo financiero de los padres. En lo que se refiere a la inserción laboral, se distinguen quienes cuentan con un empleo formal, quienes trabajan en el mercado informal y quienes están sin empleo. La heterogeneidad de situaciones no puede obliterar la comprensión de las inequidades relativas al acceso a recursos educativos, oportu-

Rupturas y continuidades...

tunidades laborales y condiciones de empleo. En términos generales, las experiencias educativas se caracterizan por su condición interrumpida (por no haber terminado el ciclo secundario) o postergada (por no

privación y las experiencias estigmatizantes, las y los jóvenes continúan apostando por el estudio, el trabajo y/o la participación. Si bien se debaten entre una instrucción formal devaluada que no garantiza un futuro mejor y un empleo que una y otra vez

nientes de tradicionales locales, regionales o globales.

2. Las culturas musicales como herramientas para la defensa de derechos



Situaciones de la vida afectiva, recreativa y política son musicalizadas, es decir, vivenciadas con un trasfondo musical. La música puede ser terapéutica en ciertas circunstancias (un recurso para tranquilizarse, evadirse y expresarse), una forma de entretenimiento en otro contexto (el placer de escuchar música, la felicidad de hacer música con otros, la energía de estar disfrutando de música en vivo junto a otros), como así también un modo de conocimiento y expresión acerca de asuntos personales y cuestiones sociales (por ejemplo, en las canciones elaboradas por distintos

grupos musicales barriales se narran tanto historias de amor y situaciones de desconcierto como crónicas de la exclusión y denuncias de injusticias).

continuar su formación luego del ciclo secundario pese a tener intenciones), y las laborales se definen por la precariedad del puesto de trabajo como así también por la falta de perspectiva de crecimiento. Estas experiencias develan otro rasgo distintivo de este segmento joven, dictado por las dificultades para contar con recursos para generar proyectos de vida anclados en la formación y el empleo.

La explicación tradicional que asocia mayor desigualdad a mayor violencia no ayuda a comprender la complejidad del entramado social en sociedades como las latinoamericanas (Gutiérrez, 2009). La desigualdad no es más que el punto de partida de una explicación certera: segmentos juveniles sin perspectivas de progreso no son argumentos suficientes para explicar cómo la violencia se incorpora en los cuerpos y lenguajes de los sujetos jóvenes (Rincón, 2009; Reguillo, 2008; Souza, 1994).

No obstante las condiciones de

confirma inestabilidad y precariedad, es un error describirlos como una “generación perdida”: sin intereses personales ni iniciativa grupales, desinteresada y apolítica, predispuesta en sus actividades recreativas al abuso de drogas y a la violencia, entre otros diagnósticos tremendistas.

El análisis de las prácticas socioculturales, relativas a los usos de la música y sus espacios de sociabilidad, permite reconstruir maneras de estar en el mundo, reconociendo experiencias y espacios grupales y colectivos, de escucha, producción y encuentro. Para captar en su complejidad las prácticas socioculturales es necesario revisar las tipologías juveniles derivadas de las categorías de la crítica musical (estilos y géneros musicales) en tanto dificultan la comprensión no sólo de las identificaciones culturales, sino también de los modos de habitar el escenario nocturno. Una barriada popular está habitada por distintas culturas musicales, relativas al rock, al reggae y a la música tropical; la noción de “culturas musicales” refiere a universos heterogéneos de expresiones y prácticas vinculadas a ciertos géneros y estilos musicales, prove-

Los y los jóvenes se nutren de las distintas expresiones estilísticas vinculadas a cada género y estilo para ubicarse en el mundo social. Con mayor y menor riqueza poética, con mayor y menor experimentación sonora, las culturas musicales ponen a disposición un conjunto amplio y heterogéneo de relatos, con tramas más o menos complejas, que las personas se apropian en un proceso no exento de conflictos.

Entre las culturas musicales de una barriada popular circulan relatos comunes que constituyen espacios simbólicos fecundos para la denuncia, defensa e invención de derechos. Me detengo, especialmente, en dos tópicos presentes en las distintas culturas musicales (vinculadas al rock, al reggae y a la música tropical). Estos tópicos refieren a aspectos centrales de las experiencias juveniles, como la denuncia de situaciones de violencias vinculadas a la policía y el reclamo a fumar marihuana sin persecuciones.

Rupturas y continuidades...

Con propuestas musicales y estilos narrativos heterogéneos, muchas canciones evidencian la conflictiva relación entre la población joven y la policía. Un ejemplo paradigmático refiere a la denuncia de casos de violencia y abuso policial con uso de armas de fuego conocidos como “gatillo fácil”. Dicha expresión es utilizada como título de canciones con ritmo de cumbia, punk rock o heavy metal. Las culturas musicales juveniles reconocen, impugnan y denuncian una situación de vulnerabilidad que atraviesa a la población joven, especialmente de sectores populares. En torno al consumo de marihuana, circulan diversas canciones que, además de exigir el derecho a consumir sin ser penalizado, demandan su legalización y abogan por el auto cultivo.

En festivales por la defensa de derechos humanos, en recitales por el reclamo de justicia ante episodios de violencia política o policial, estos relatos se materializan y hacen cuerpo con el compromiso de artistas y del público. Si bien las culturas musicales no están articuladas orgánicamente con agrupaciones políticas o movimientos sociales, sus mejores relatos y fantasías, parafraseando a Frith (1980), se convierten en una crítica de la realidad.

Sin desconocer que la música es una forma de entretenimiento como así también una terapia personal, ciertas expresiones de las culturas musicales juveniles pueden ser pensadas como culturas ciudadanas a partir de la circulación de relatos (en las canciones), que denuncian situaciones de violencia y promueven aspiraciones de igualdad y justicia.

La dimensión política de las culturas musicales juveniles no niega la capacidad de goce como tampoco confunde culturas musicales con movimientos sociales. Las prácticas culturales, retomando con la propuesta de Reguillo (2000), pueden ser leídas como formas de actuación política no institucionalizada, en la cual las personas jóvenes despliegan su visibilidad como actores sociales y, a veces, se reconocen como tales. Este proceso, analizado desde una perspectiva histórica, puede ser pensando como una actualización de la tradición crítica y contestataria de ciertas expresiones del “rock nacional” (Vila, 1985; Alabarces y Varela, 1988; Semán y Vila, 1999; Pujol, 2005).

3. Las iniciativas musicales barriales como generadoras de protagonistas

La música también es la materia y el len-

y obstáculos. Si bien esta toma de la palabra no manifiesta principios ideológicos ni pronuncia un discurso de derechos, genera testimonios perso-



guaje con el cual las y los jóvenes llevan adelante sus proyectos culturales. Las iniciativas musicales barriales generan un micro espacio de sociabilidad, de encuentro, aprendizaje y producción, que brinda un refugio frente a las presiones y miserias de la vida cotidiana.

Armar y sostener proyectos grupales, tomar la palabra y producir canciones propias, intervenir en el espacio local, actividades típicas para hacer música en una barriada popular, ponen en escena un modo de ser joven que defino como “protagonistas culturales”. La experiencia de formar parte de un grupo de música, especialmente el hecho de tocar en vivo y grabar un disco, les permite a sus integrantes concebir su propia imagen de un modo positivo. En estas actividades, coincidiendo con el análisis de Dayrrel (2002), sus integrantes encuentran la posibilidad de pensarse como sujetos de un proyecto, afirmándose en una sociedad que los condena al anonimato y les restringe el desarrollo de sus potencialidades en otras esferas de la vida social.

Hacer canciones constituye la herramienta cultural que tienen a mano para hablar públicamente de sus deseos, desconciertos

nales que no sólo hablan de fracasos cotidianos sino también brindan un relato a partir del cual pensarse de un modo alternativo a la resignación. Más allá de las diferencias de estilo, las iniciativas comparten un modo de tomar la palabra a partir del testimonio personal. Toma de la palabra que pone en discusión el uso de la voz autorizada; esta elaboración de un propio discurso puede ser pensada como un cuestionamiento de la jerarquía de credibilidad, recuperando la noción de Becker (1967), que los tiende a privar del derecho a ser escuchados. Estas iniciativas producen nuevas mediaciones que elaboran imágenes alternativas a los estereotipos de violencia y criminalidad asociados a las barriadas populares, retomando el análisis de Ramos y Ochoa (2009).

Por otro lado, tocar en vivo y participar en la organización de eventos constituyen modos de intervenir en el espacio local que tienen distintas consecuencias: además de generar un espacio de diversión nocturna y

Rupturas y continuidades...

expresión musical alternativo a las opciones dominantes, tienen redes entre grupos de jóvenes de barrios vecinos y establece contactos con jóvenes de otras zonas del espacio social, interrumpiendo la reproducción de prejuicios entre grupos y agrietando la segregación socio espacial.

El “festival local” refiere a un espacio de sociabilidad organizado y/o sostenido por los grupos musicales barriales, para quienes es indispensable compartir el escenario para asegurar un mínimo de público y afrontar los costos. En la organización de estos eventos musicales, conformados con la participación de decenas de grupos con propuestas musicales diversas (desde sonoridades “heavy”, “hardcore”, hasta “reggae”, “ska” o “rockabilly”), la cuestión de las afinidades musicales no es un asunto prioritario; incluso, en ciertas ocasiones, se privilegia la selección de grupos con propuestas musicales heterogéneas para captar mayor público y no saturar al oyente con sonoridades similares. Los festivales locales conforman un espacio de sociabilidad caracterizado por experiencias emotivas intensas en los cuales varones y mujeres se divierten bailando, escuchando, tomando y fumando.

4. Los festivales locales como un espacio de buena convivencia

La noche no es simplemente el momento que empieza al final del día. Es un escenario donde tienen lugar diversas actividades, donde se juegan papeles específicos, con reglas, expectativas y actitudes diferentes de las asociadas al diurno. Los modos de habitar el escenario nocturno ponen de manifiesto la participación en lugares distintos. “Ir a bailar”, “asistir a recitales”, “juntarse en una casa”, “reunirse en una esquina”, refieren a actividades que las mujeres y los varones jóvenes llevan adelante con mayor o menor frecuencia.



Por ello, los “rockeros” se convierten al otro fin de semana en “bailaneros”, del mismo modo que las mujeres jóvenes que prefieren estar tranquilas en sus casas mirando una película se transforman en jóvenes protagonistas cuando tocan junto a sus grupos de música.

Las experiencias nocturnas, sin distinción de la opción recreativa, tienen como propiedad distintiva la promesa de fiesta, la celebración de la amistad, las expectativas de romance, como han señalado distintas investigaciones desde múltiples perspectivas. Junto a dichas promesas, más o menos alcanzadas, en el escenario nocturno es posible identificar escenas que obstruyen la circulación y limitan la capacidad de acción de ciertos sujetos. La reflexión crítica de las escenas que conforman el escenario nocturno permite identificar no sólo los encuentros festivos, sino también las dificultades, inconvenientes y agresiones que forman parte de las experiencias juveniles. Por ejemplo, la discriminación y, el eventual trato agresivo del personal de seguridad privada, continúa siendo una escena cotidiana para ciertos jóvenes.

Otro obstáculo que atraviesan las experiencias nocturnas de las chicas y los chicos es la dificultad de trasladarse durante la noche y la madrugada debido a la interrupción del servicio de transporte público, carencia potenciada con un rasgo característico del escenario nocturno: la falta de protección policial. Las experiencias de intimidación policial al transitar lugares en los cuales no son bienvenidos, la penalización de la tenencia de drogas para consumo personal y la modalidad represiva de la intervención policial en eventos multitudinarios, constituyen algunas de las razones

por las cuales la policía es representada como una institución cuyo principal objetivo es intimidarlos.

Por otro lado, la posibilidad de una pelea o un enfrentamiento, especialmente entre varones, empaña el clima del escenario nocturno. Actos tan simples como un roce o un empujón involuntario entre dos varones en un local bailable, un recital o un bar pueden ser razones suficientes para producir una escena en la cual sus protagonistas parecen

quedar atrapados en el lenguaje de la violencia. Si bien las agresiones físicas entre varones forman parte de una escena siempre a punto de estallar en el escenario de la noche, su resolución difiere en función del espacio de sociabilidad nocturno; es decir, un altercado puede resolverse en términos amistosos o bien puede desatar una pelea cuerpo a cuerpo o un enfrentamiento grupal. Los niveles de agresividad no sólo son heterogéneos sino también imprevistos; hasta que la escena no termina no es posible conocer la escalada de la violencia ni el daño posible sobre los cuerpos.

El espacio de los festivales de música locales puede ser caracterizado como “conmutadores”, adaptando el uso de Kornblit (2009), en tanto tiene la capacidad de producir interrupciones en ciertos modos de reproducción de la violencia característicos del habitar nocturno, especialmente en lo relativo a la agresión física entre varones.

En los festivales locales se pone en juego una “lógica de buena convivencia” que tiende a impedir el ejercicio de la violencia física, a través de frases de cortesía o por medio de las redes entre organizadores, músicos e invitados. Ya sea por la urgencia de proteger los pocos espacios disponibles para tocar música en vivo, o por la imperiosa necesidad de compartir la noche con otros grupos, en este espacio de sociabilidad nocturna impera una lógica distinta de la agresión física. Esta lógica adquiere su mayor sentido si se la contrasta con los locales bailables, sean “boliches” o “bailantas”: si bien el espacio de los festivales locales no es la realización acabada de la no violencia, como tampoco el espacio de los locales bailables constituye una guerra de todos contra todos, sostengo que en los primeros

Rupturas y continuidades...

impera una “lógica de buena convivencia” que tiende a impedir de diversos modos que un simple roce, más o menos evitable, o incluso una mirada desafiante, se convierta en una pelea cuerpo a cuerpo o en un enfrentamiento grupal.

Por otro lado, el espacio de los festivales locales produce conexiones novedosas entre grupos de jóvenes de diferentes zonas del barrio al desactivar la hipótesis de enfrentamiento; esta conexión se produce en un escenario social en el cual el límite subjetivo del propio barrio, como espacio que brinda seguridad, se reduce a unas pocas cuadras. Incluso estas conexiones cuentan con la potencialidad de transformar el sentido de las relaciones: en ciertas ocasiones, este espacio logra reconvertir relaciones marcadas por altercados y prejuicios (derivadas de peleas en locales bailables o campeonato de fútbol, prejuicios relativos a diferencias entre los barrios, etcétera). Por ello, el festival local es uno de los espacios en los cuales la pertenencia barrial no funciona como una frontera que genera enemistad; por el contrario, en este espacio se encuentra un segmento de la población joven de la localidad en una lógica de buena convivencia.

Asimismo, el festival local tiende relaciones de reciprocidad entre grupos de música de distintos barrios y localidades a partir del intercambio de invitaciones. Las conexiones con grupos de otras localidades constituyen un desafío a una lógica que los tiende a segregar en sus propios barrios, ampliando sus redes de relaciones (Dayrell, 2002).

Procesos contradictorios, posibilidades de transformación

El análisis de las prácticas socioculturales permite identificar procesos contradictorios en la configuración de los modos de ser joven. Por un lado, se observan proyectos que generan nuevos mediadores culturales, culturas musicales que hablan de derechos y espacios de sociabilidad que instauran lógicas de buena convivencia. Agrupo estos procesos como “rupturas”, en tanto cuestionan, de maneras diversas y con dispar intensidad, formas de la desigualdad social y de la violencia.

Por otro lado, se constatan “continuidades” en las modalidades juveniles relativas a la reproducción de relaciones de género

no igualitarias, a la discriminación y la agresión. En primer lugar, en algunas expresiones de las culturas musicales de una barriada popular se producen relatos, afectivos y eróticos, que actualizan patrones de género asimétricos y contenidos misóginos. En segundo lugar, ciertos espacios de sociabilidad nocturnos de una barriada popular conservan contornos homofóbicos, es decir, constituyen lugares que, de un modo más o menos generalizado, tienden a discriminar, explícita o implícitamente, a personas no heterosexuales. En tercer lugar, la violencia física entre varones, evitada en ciertas circunstancias, sigue siendo asumida como el modo dominante de resolver diferencias entre individuos o grupos en el escenario nocturno. La agresión física no

residentes, que generan, retomando los términos de Ramos y Ochoa (2009), alternativas de subjetividad, sociabilidad y representación para la población joven en oposición a las lógicas dominantes de los conflictos urbanos.

A fin de cuentas, se trata de permitirse pensar que las culturas musicales juveniles, del mismo modo que las experiencias nocturnas, pueden ser transgresoras acerca de ciertas cuestiones y guardianas del orden en otros aspectos. Así, mientras la denuncia de injusticias y la generación de proyectos culturales invitan a hablar de “culturas ciudadanas” y “jóvenes protagonistas”, la persis-



llega a ser considerada un signo de debilidad o de inferioridad, por el contrario, en última instancia, es entendida como una prueba de virilidad.

Los modos de ser joven emergentes ponen de manifiesto tendencias contradictorias en un escenario de vulnerabilidad estructural. Las culturas musicales, las iniciativas musicales barriales y los festivales locales, parafraseando a Paiva (2006), pueden ser interpretados como relatos, experiencias y espacios facilitadores de un proceso psicosocial-personal, grupal y colectivo de ampliación de conciencia. En las barriadas populares existen culturas e iniciativas, motorizadas por sus propios jóve-

tencia de patrones de género jerárquicos sugiere la figura de “jóvenes conservadores”. Junto a la actualización de patrones de género jerárquicos y la reproducción de violencias de diverso tipo, aparecen también prácticas, producciones y espacios que impugnan y trasgreden lo heredado.

Las modalidades juveniles emergentes no manifiestan transformaciones radicales, sino fisuras que, con distintas intensidades, logran afectar el ordenamiento social establecido; las sociedades no cambian intempestivamente y sus mutaciones

Rupturas y continuidades...

no operan de modos lineales (Cosse, 2010). Con sus limitaciones, las culturas musicales juveniles, los grupos de música barriales y los festivales locales contribuyen a la configura-



ción de modos de ser joven alejados del imaginario dominante acerca de la juventud residente de barrios populares como despolitizada, sin proyectos y violenta. Sin hablar siempre explícitamente de política, las culturas musicales hacen visibles ciertas relaciones de poder y nodos conflictivos. Si bien los grupos de música se arman, simplemente, por el placer de hacer música, ponen de relieve la existencia de proyectos grupales. Sin ningún tipo de proclama anti violencia, los festivales locales constituyen espacios que generan alternativas novedosas a las agresiones entre varones, restituyendo las promesas de celebración entre viejos conocidos y perfectos extraños.

No necesitamos acostumbrarnos a las violencias: existen prácticas, relatos y espacios que muestran la posibilidad de producir rupturas en su reproducción, fisuras que permiten vislumbrar esperanzas de que el sentido de la solidaridad sea más fuerte que la razón de la violencia.

Precauciones y desafíos en el estudio de la condición juvenil

A modo de cierre comparto precauciones metodológicas y desafíos

teóricos cuando se aborda el estudio de la condición juvenil. Si el punto de partida del análisis crítico de la condición juvenil pasa, precisamente, por desarmar la noción de "juventud", el punto de llegada no tiene que

volver a producir una definición acerca de cuáles serían las nuevas características esenciales de la juventud ni determinar un nuevo rango etario.

Por el contrario, el rango etario debe ser especificado

como resultado del análisis, siempre provisorio, no como punto de partida. En su acepción más simple, la condición juvenil está vinculada con determinadas edades, produciendo cierto ordenamiento social, con sus jerarquías y acceso a derechos y privilegios.

Si bien la línea contemporánea de estudios sobre juventudes subraya la necesidad de explorar las experiencias juveniles en su relación con el presente y dejar de pensar la juventud en función del futuro, no se debe olvidar que ésta constituye una etapa no permanente en la cual la adquisición de conocimientos y el desarrollo de habilidades inciden no sólo en el presente sino también en la amplitud de oportunidades disponibles para más adelante. Dejar de pensar en ello, en nombre de postulados teóricos, va a contramano de las experiencias de las mujeres y los varones jóvenes quienes, a pesar de los obstáculos, intentan seguir estudiando porque saben que la formación es el medio más idóneo para mejorar su situación personal en el futuro. Por otro lado, dichos postulados corren el riesgo teórico de perder de vista que una de las principales problemáticas juveniles reside en las restricciones estructurales en el acceso a recursos y oportunidades.

Por otro lado, es indispensable pensar en

varones y mujeres jóvenes sin presuponer orientaciones, prácticas e identidades de género heterosexuales. Se trata de abordar las relaciones entre mujeres y varones, como así también los vínculos intra-genéricos, cuestionando un enfoque anclado en posiciones binarias y heteronormativas. Este abordaje del género como relación, y no solamente como atributo de sujetos, conceptualiza los papeles, experiencias y relaciones de género como elementos constitutivos de los fenómenos sociales, en superposición con relaciones de clase, etnia y otros clivajes de la vida social.

Estas reglas no constituyen una innovación, sino una articulación de distintas perspectivas, con preocupaciones diversas. Para enriquecer el estudio de las distintas aristas de la condición juvenil, el análisis transdisciplinario permite captar los diversos modos de ser joven en contextos estructurales complejos y en diferentes espacios. Además de la tradición de estudios sobre juventudes, la sociología comparada de la marginalidad urbana, los estudios culturales y la sociología de la cultura, la antropología urbana y los estudios de género, cuentan con teorías y herramientas apropiadas para analizar las prácticas y significados en torno a la experiencia de ser joven y sus modalidades más o menos típicas.

Retomando el desafío planteado en las últimas décadas en los estudios latinoamericanos sobre juventudes, es necesario profundizar una perspectiva comparada, local y regional, que genere teorías sobre las experiencias juveniles frente a las transformaciones recientes en la sociedad contemporánea. Así, una mirada atenta a lo que acontece en otras ciudades y periferias de la región permitirá no sólo superar el análisis "localista", sino también captar contrastes y similitudes, generando explicaciones regionales de las transformaciones globales. 